
REFLEXIONES

SOBRE TEOLOGIA

LATINOAMERICANA

Carlos E. Vasco U., S.J.

No he salido aún de la sorpresa que me causó el lunes pasado la noticia de que el Decano de la Facultad de Teología me buscaba para que me dirigiera a Ustedes, en este día dos de febrero, y en este claustro, llenos de recuerdos. Pronto volveremos a tratar de ese acontecimiento sorpresivo.

Además de la sorpresa, mi primera sensación fue de alegría. Me alegré de sentirme también teólogo, y teólogo latinoamericano. Y me alegré más todavía por poder compartir por un buen rato con este privilegiado grupo de teólogos latinoamericanos.

Pero, qué es eso de "un teólogo latinoamericano"? Me atrevería a esbozar por lo menos estas tres características de un teólogo latinoamericano: me refiero a un teólogo ubicado en nuestro continente que tenga una gran capacidad de dejarse sorprender por los sucesos imprevistos;

una gran capacidad de dejarse interpelar por cada acontecimiento histórico en su unicidad irrepetible y en su íntima relación con el todo; y una gran capacidad para reflexionar sobre la marcha, en el bullicio de la ciudad y en la urgencia de la acción.

Nótese bien que hago una distinción entre "el teólogo latinoamericano", y "el teólogo en Latinoamérica"; de los últimos bien puede haber muchos, pero bien podrían estar en Europa.

Ciertamente no me refiero al teólogo latinoamericano en el sentido "chauvinista" del epíteto. Una persona que recibió su formación científica en los Estados Unidos y su formación teológica en Alemania, mal podría enfatizar el aspecto estrecho y provinciano del vocablo.

Me refiero al cristiano que quiere explicitar su fe, por lo menos en esas medias

Lección inaugural del año académico de 1979, en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

palabras esbozadas en la reflexión, y ojalá en las palabras articuladas de su conversación, su predicación y sus escritos, de tal manera que respondan a la situación latinoamericana.

Precisemos el sentido en que empleo la expresión "teología latinoamericana": Mi comparación introductoria voy a tomarla de la música. La música se mueve en un medio único: el sonido. En la escala temperada juega con siete tonos básicos y cinco semitonos. Con esos medios básicos la música habla el idioma de cada región, transmite el espíritu de cada cultura y embeleza a cada grupo específico de oyentes. La música es música en todas partes, pero indudablemente hay música latinoamericana. Además de las melodías, el timbre peculiar de los instrumentos y la compleja estructura de los ritmos permiten distinguir la música latinoamericana de la música europea, y dentro de cada región de Latinoamérica su música propia y autóctona.

No de otra manera la teología se mueve en un medio único: el amor de Dios a los hombres; o lo que es lo mismo: el amor de Dios; o lo que es lo mismo: Dios.

Juega con los temas básicos de hoy y de siempre, la cristología, la eclesiología, la escriturística, la historia del dogma.

Interpola además los semitonos sin los cuales sería insulsa la música: la mariología, sacramentología, la escatología.

La teología es teología en todas partes, pero indudablemente hay teología latinoamericana. Además de algunos temas, el timbre peculiar de nuestro idioma y la compleja estructura rítmica de nuestra historia convulsionada y apasionante, permiten distinguir la teología latinoamericana de la teología europea.

En mi viaje a París en el verano del año pasado quise actualizarme en la producción teológica europea. Para mi sorpresa, los teólogos franceses reconocían que no estaban produciendo nada interesante. Las personas a quienes consulté me informaron sobre Bélgica, Holanda y Alemania. El panorama es semejante. Ellos miran a Latinoamérica y esperan que aquí se produzcan las intuiciones incompletas, los rasgos bruscos de la innovación teológica. Ellos toman algunos de esos temas y los trabajan concienzudamente, los desarrollan y los relacionan con los grandes temas de hoy y de siempre. Ellos siguen el espíritu de muchos teólogos latinoamericanos, y tratan de reescribir esos mensajes en el lenguaje y en la tensión de sus situaciones concretas. Pero esperan mucho de nosotros.

Pero más bien que continuar haciendo una erudita disertación sobre lo que creo que es y debe ser la teología latinoamericana, quiero sugerirles hoy que me acompañen en una de esas reflexiones sobre la marcha, en un intento de respuesta a la interpelación del acontecimiento trivial pero sorpresivo que experimenté en esta semana.

En medio de la zozobra causada por las noticias de la detención del Padre Saturnino Sepúlveda y del Padre José Bernardo Ruíz Soriano; en medio de la confusión causada por los tendenciosos titulares de la prensa sobre las presuntas condenaciones a la teología de la liberación por parte del Papa Juan Pablo II; en medio del traumatismo causado en el grupo del CINEP por el retiro del sacerdocio de dos de sus elementos más valiosos, recibo una invitación del Decano de la Facultad de Teología para dirigirme a ustedes en esta ocasión de la solemne apertura del curso teológico de 1979, y para hablar nada menos que de la metodología

teológica actual y de las relaciones de la teología con las demás disciplinas del saber humano.

Tengo que reconocer que tal acontecimiento superó ampliamente mi no despreciable capacidad de dejarme sorprender por los sucesos imprevistos.

Con tres días de plazo para preparar esta "lectio brevis", mucho menos breve y mucho más difícil de lo que hubiera deseado, no tuve más remedio que dejarme sorprender e interpelar por ese pequeño acontecimiento y tratar de reflexionar sobre la marcha, en su significado como signo de los tiempos, como viraje simbólico en el rumbo de esta ilustre Facultad y como ocasión propicia para compartir con ustedes inquietudes y esperanzas.

Por eso acepté abrir este curso con una lección breve, no al estilo del maestro omnisciente que pontifica desde la cátedra, sino al estilo del amigo que comenta en la intimidad sus reflexiones incipientes, sus intuiciones embrionarias, sus formulaciones balbuceantes. Así se está haciendo la teología latinoamericana, en esa forma inacabada y vulnerable, por personas que no son profesionales en la teología, que tienen el atrevimiento de hablar de lo que no debieran.

Omitamos pues la erudita disertación sobre la metodología teológica, y comencemos la reflexión sobre la marcha acerca del acontecimiento trivial pero sorpresivo que experimenté en esta semana.

Pasada la primera sorpresa, me pregunté por las posibles causas de esta inmerecida invitación.

Tres razones posibles pude imaginarme, y cada una de ellas me llevó a reflexionar sobre nuestro quehacer teológico en Colombia.

Primera: Me invitarían a hablarle a teólogos en mi calidad de soldado ras el trabajo insignificante e ingrato en Barrios mal llamados "marginados"?

Segunda: Me invitarían a hablarle a teólogos en mi calidad de científico truso y epistemólogo aficionado, dilete en el trabajo esotérico y fascinante la articulación de las disciplinas y ciencias?

Tercera: O me invitarían a hablarle a teólogos simplemente porque a meno una semana de la fecha, aún no se ha podido encontrar a nadie que se atreva a hablar de tema tan espinoso ante agudo auditorio?

Tomemos las tres posibles causas grado decreciente de probabilidad, decir, empecemos por la última.

Es muy probable que tenga que hablar hoy aquí debido a la escasez generalizada que afecta al país. En el lenguaje popular "por una escasez que hubimos". Como recurso escaso, como dicen los ecólogos como espécimen raro de una especie extinguida, hablo hoy aquí porque es difícil encontrar quien quiera atreverse a hacer reflexión teológica "more latinoamericano". Los pocos profesionales y dedicados que se atreven a hacerlo, son objeto de presiones sistemáticas por parte gobernantes y jerarcas, de superiores colegas.

Afectados por estas presiones, los unos hablan un lenguaje tan estridente que puede tolerarse en la práctica seriedad estos claustros. Y los otros ya no hablan.

Muchos han abandonado el sacerdocio (algún amigo hace solo un mes dejó el sacerdocio) amargados por la incomprensión la injusticia. Otros se han dedicado al activismo, despreciando, a mi parecer teme

riamente, el poder de la palabra. Pero el teólogo latinoamericano no puede quejarse. A la luz de Isaías, de San Marcos, debe saber desde el comienzo que sufrirá las presiones sistemáticas, la incomprensión y la injusticia. Cómo podría ser de otra manera? Cómo podría pensar que lleva la vocería de los oprimidos si no padece alguna forma de opresión? Y esas presiones, esa incomprensión y esa injusticia, son nada comparadas con las presiones y las torturas, la incomprensión y la humillación, la injusticia y la explotación de aquellos con quienes convive. Sería un iluso si quisiera tener éxito en la representación de los fracasos de la tierra.

Otra cosa es que la sicología no resista, que la copa rebose, que la situación se haga insostenible y que el teólogo latinoamericano ya no hable más. Pero hay que convencerse de que esa escasez de personas que quieran reflexión teológica latinoamericana seguirá siendo un rasgo típico de esa reflexión: los pocos que se atreven, tienen que hacerla desde la inseguridad, la angustia y la amenaza. Al Señor le pregunto con frecuencia: Seremos cada vez más pocos? También estaré yo cerca del momento en el que me vea obligado a abandonar estos intentos? Ustedes, estimados teólogos, son buena parte de la respuesta.

También es muy probable que la razón principal para que estemos reunidos esta mañana sea la de mi afición desordenada por la ciencia, la epistemología, la interdisciplinidad, y lo que Carlo Federici llama "artrología" o articulación de las disciplinas y las ciencias.

Como científico abstruso y epistemólogo aficionado quiero reflexionar en voz alta con ustedes acerca del quehacer teológico. Omitamos la discusión sobre las definiciones de ciencia, para evitar clasificar a la teología como ciencia o no:

convengamos en que ciertamente es una disciplina seria, amplia y fecunda. Y como disciplina generalizante e integradora, debe volverse cada vez más interdisciplinaria.

Desde las ciencias formales recibe la exigencia de responsabilidad en el uso del lenguaje.

Desde las ciencias naturales, especialmente en su nueva integración llamada ecología, recibe el material para una nueva reflexión sobre la finitud del hombre, sobre su esencia social, sobre su responsabilidad y su futuro en la tierra. La ecología es la nueva base para una ética planetaria, y la apelación ética ha sido reconocida siempre como preparación evangélica. Pero son las ciencias humanas y sociales las que hacen más exigencias y ofrecen más contribuciones a la teología actual.

Me atrevo a proponer una categoría, que si bien no es nueva en sus líneas vertebrales, pues está injertada en la difícil categoría de "lugar teológico", sí me parece que no ha sido expuesta en esta forma y con el nombre con el que quiero designarla:

Mucho se ha discutido sobre la "reducción" de la teología a la sociología o a las ciencias sociales. Ese malentendido está plenamente superado. El carácter de esas ciencias o disciplinas no es propiamente teológico. Pero sí me atrevo a llamarlo "teológico". Aunque la etimología aconsejara el vocablo "teologógeno", mi percepción fonética me obliga a apocoparlo a "teológico": generador de teología.

Porque en este periodo de la historia de la cultura no sólo hay que estudiar los documentos, los productos de la teología de todas las épocas, sino ante todo la manera como se genera la teología en cada

época, en cada región, en cada circunstancia histórica.

La teología hebrea se generó en la historia borrascosa de Israel. La teología sinóptica en la historia apasionante de Jesús. Las teologías subsiguientes, apoyadas en esas historias normativas, se generan en los avatares de la historia de la Iglesia. Comunidades judaizantes y helenizantes, influencias místicas y gnósticas en las culturas y las psicologías, persecución y postergación de la Parusía que algunos creían inminente, constantinización y bizantinización de la Iglesia, historia abigarrada de conlaves y concilios, de monjes griegos con garrotes y de soldados españoles con trabucos.

Hay que conocer esa historia teológica, y para conocerla hay que saber economía, sociología, psicología. Hay que saber de Marx y de Freud, de hermenéutica y de crítica.

Cómo hacer reflexión teológica hoy en Latinoamérica? Cómo evangelizar? Cómo catequizar? No hay respuestas definitivas. Hay respuestas para cada región, para cada época, para cada circunstancia histórica.

Y cómo podremos encontrar esas respuestas sin analizar cómo se generó la teología en cada época? Sin analizar cómo se propagó como catequesis y cómo evangelización, y a su vez, cómo surgió de las necesidades de la evangelización y la catequesis?

No podemos ocultarnos la realidad de que la teología se plasmó en el sometimiento de los llamados bárbaros, en la predicación de las cruzadas, en las guerras de religión, en la inquisición y los autos sacramentales, en la invasión de América y en el control ideológico del esclavo, el indio, el campesino. Y no podemos decir

que esa historia ambigua no haya generado teología auténtica y profunda, teología apropiada e inspiradora, teología que se plasmó en evangelización y catequesis. En ella está fundada nuestra recepción de la fe; en ella nos nutrimos, y en ella, aun negándola, nos movemos y existimos.

Tenemos que estudiar la historia, la sociología, la economía, la psicología, el arte, la literatura, para captar las potencialidades teológicas de cada situación histórica que estudiemos, y así aprender a captar las potencialidades de la situación actual. No basta leerse los análisis. Mañana serán absoletos. Hay que saber generarlos sobre la marcha, hay que aprender a producirlos ante la interpelación del acontecimiento sorpresivo

Porque la teología se genera también hoy día en la confrontación activa y en la reflexión a la luz de la fe con y sobre las situaciones históricas actuales.

La negación misma de esa tesis no puede menos que afirmarla. Una frase que niegue la capacidad teológica de las ciencias sociales, o de la situación histórica latinoamericana, puede talvez ser fruto del celo pastoral o de la voluntad de servicio a la Iglesia de algún prelado fervoroso; pero puede ser también fruto de una jugada política al interior de una burocracia eclesial, o una componenda en la compleja simbiosis de obispos y gobiernos, o una simple intriga para asegurar mitras, y aun capelos.

La circunstancia histórica, el "Sitz im Leben" de la afirmación teológica, es parte inseparable de su contenido. De ahí la importancia y la dificultad de la hermenéutica.

Hay que conocer la historia en su complejidad.

Hay que conocer las ideologías de la época. Hay que conocer la crítica a las ideologías. Aunque es verdad que la fe no **necesita** ideología, sí puede utilizarlas, y de hecho lo hace, y debe hacerlo. Qué hubiera pasado si el equivalente parisino de la frase "La fe no necesita ideologías" se hubiera impuesto sobre la ideología aristotélica del joven maestro de Aquino, como lo hubiera deseado el Obispo Templier?

Hay que conocer las ideologías, la crítica a esas ideologías. Hay que conocer la sociología del conocimiento, la lingüística y las diversas hermenéuticas.

Sin ese conocimiento, no podremos afinar nuestro instrumento, el lenguaje, para que nuestra reflexión se convierta en teología, en evangelización, en catequesis. Teología pastoral en el sentido integral de la palabra. Pastoral teológica y teológica. Fé hecha palabra que conmueva y que penetre.

Pongo solo un ejemplo del problema del lenguaje, de la dificultad de reconocer los contextos, las resonancias, los impactos. Recordemos el bien intencionado desliz del Santo Padre en su ya famosa "Homilía del Estadio", al hablar con verdad y buena voluntad de "las simples alegrías de los pobres en las chozas del campesino y del obrero".

Trasladémonos al contexto del campesino pobre, del obrero pobre de Polonia. Ellos, con su frugal alimentación asegurada por la incómoda libreta de racionamiento, con la educación de sus hijos, la atención médica, la invalidez, vejez y muerte aseguradas, pueden mucho más fácilmente que nuestro campesino y nuestro obrero saborear con fruición las simples alegrías de los pobres. Esa frase del Papa, verdadera y profunda, como lo

podemos atestiguar los que hemos vivido las fiestas sencillas, las bulliciosas novenas de aguinaldo o las tranquilas noches hogareñas en las chozas de los pobres, esa frase no solo no produjo evangelización y catequesis, sino que causó rechazo y silbatina, y reforzó las críticas a la fe cristiana como opio del pueblo.

Y quién podrá acusar al Papa de un desliz culpable? Nadie. Pero no basta la verdad formal, ni la buena voluntad, ni el lenguaje exacto, para evangelizar en América Latina. Hay que saber analizar contextos, hay que saber leer y releer, formular y reformular, escribir y reescribir los mensajes de hoy y de siempre con el timbre peculiar de cada dialecto local, y con el ritmo cambiante de cada historia regional.

Nada que aprendamos será inútil. Ninguna ciencia humana será un lujo; ninguna habilidad para el análisis crítico será superflua.

Le pregunto a menudo al Señor: Serán inútiles para la teología los progresos teológicos en las ciencias humanas y sociales? Se ahogarán en germen las potencialidades teológicas de nuestra situación latinoamericana por un equivocado intento de esterilizar el lenguaje? Habrá quién contribuya a estos análisis interdisciplinarios incesantes y exigentes?

Ustedes, estimados teólogos, son buena parte de la respuesta.

Y en tercer lugar, tampoco es improbable que hubiera sido invitado a esta cátedra ilustre en mi calidad de soldado raso en el trabajo insignificante e ingrato en los barrios mal llamados "marginados"

Y quiero que reflexionemos juntos en esta nota específica de la teología latinoamericana.

americana: teología que se hace desde el dolor del pueblo; teología que en lenguaje estridente o en silencio apenas inteligible rezuma la amargura del fracaso, la indignación por la injusticia, el sabor salado de lágrimas y sangre. El trabajo en los barrios presenta características de demanda insaciable y de oferta exigua o nula. La injusticia estructural asedia en todas partes, tritura día a día al oprimido. El Papa ha denunciado esa situación insostenible, ha exhortado a los obispos a no ser sordos al clamor de la injusticia, y a los estudiantes a luchar por la justicia social. En esos párrafos que la prensa burguesa y las agencias internacionales echan al olvido, hay un acervo de frases llenas de sentido, para que quien quiera entender, entienda.

No se trata de reducir la teología al lenguaje de la agitación revolucionaria. No sé de ningún teólogo latinoamericano serio que lo haga.

No se trata de reducir al Reino al cambio de estructuras, o la liberación a la mera emancipación política, económica y social.

No sé de ningún teólogo latinoamericano serio que lo haga.

No se trata de reducir la imagen de Cristo a la del subversivo de Nazareth, ni la imagen de la iglesia a la de una célula política.

No sé de ningún teólogo latinoamericano serio que lo haga.

Pero si el Papa tuvo a bien prevenir contra el peligro, eso quiere decir que, como dice el dicho popular "que los hay, los hay, pero no hay que creer en ellos".

Pero la palabra del Papa no puede querer decir que la actitud y el lenguaje del

teólogo latinoamericano no puedan ser políticos. Estoy plenamente de acuerdo con que el clero latinoamericano no debe intervenir en la politiquería partidista y electora. Pero ante la opción insoslayable entre la política de los ricos y la política de los pobres, el teólogo latinoamericano tiene que decidirse explícitamente por la última. No decidirse explícitamente por ella es decidirse implícitamente por la otra.

No quiere decir esto que se abandone la imparcialidad. Así como algunos clérigos se consideran imparciales por no inclinarse públicamente al partido liberal ni al conservador, también podemos considerarnos imparciales por no inclinarnos públicamente a ninguna de las fracciones de la oposición al régimen injusto y opresor.

Mal podríamos defender en Colombia la tesis de que el clero no debe intervenir en política, tesis que hace 50, 40, 30 años era inequívocamente falsa para el magisterio episcopal de nuestra tierra. Pero no hace falta acudir a períodos oscuros, supuestamente ya superados, de nuestra historia patria.

Solo quiero consignar un hecho incontrovertible. Por lo menos hasta el año de 1978, los líderes máximos, a quienes admiro profundamente por su valor civil y su entereza, los líderes máximos de la oposición política al duro régimen de Gomulka, llevaban los nombres de Wyshinsky y de Woytila.

Es que el teólogo en su situación concreta tiene que tomar la perspectiva de los pobres.

No quiere decir esto que no haya que trabajar con todas las clases sociales. Hay que hacerlo. Pero siempre desde la pers-

pectiva de los pobres. Y esa perspectiva no se adquiere fácilmente por deducción, lectura y reflexión. Se adquiere por un compromiso de vida. Y aunque se haya ya adquirido, no hay ninguna garantía de conservarla sin ese compromiso.

Nosotros somos burgueses por nacimiento, por educación, por conveniencia. Nuestros padres y parientes son burgueses. Nuestros amigos, nuestras diversiones, nuestras fantasías, son profundamente burguesas. No podemos mantener la perspectiva de los pobres sin una lucha continua contra las contradicciones que conlleva nuestra opción por ellos. Siempre atrás de lo que quisiéramos, siempre incapaces de sufrir con ellos, siempre inconsecuentes y contradictorios. Es un compromiso de vida que agota las energías, que produce rasgos esquizoides y hasta paranoides en los que tratamos de vivirlo en su imposibilidad e incoherencia. Pero es un compromiso que hace sentir todos los días el dolor del pobre, la amargura del fracaso, la indignación por la injusticia, el sabor salado de lágrimas y sangre. Y esa es la única manera de mantener a largo plazo la verdadera perspectiva de los pobres.

El Papa reconoce la terrible exigencia que representa la vivencia de la fe en medio de ese intento de servicio a los pobres. Pero no puede darnos respuestas. Su misión es repetir los asertos formales sobre la unidad, la verdad, la cristología y la eclesiología, la antropología y la evangelización. Pero el cómo de esa evangelización nos queda a nosotros.

Somos nosotros los que debemos hacer la relectura de esos mensajes desde la perspectiva de los pobres. El Papa no condena las relecturas, a menos que sean solo el resultado de especulaciones teóricas. Antes parece recomendar las relecturas

que provengan "de auténtica meditación de la palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico". Es que es verdad que se puede ser culpable de relecturas deformantes y desorientadoras. Pero también se puede ser culpable de no-lectura, de repetición vacía de fórmulas antiguas, de lectura estéril de párrafos sin vida.

El desafío a nuestra reflexión teológica es precisamente la de saber releer esos mensajes de hoy y de siempre. Releerlos con el timbre peculiar de la época y la región en que vivimos. Releerlos al ritmo complejo de las luchas populares.

Releerlos, a ejemplo del Papa, acompañados por el ruido de las críticas de los revolucionarios y de los escépticos.

Releerlos una y otra vez desde la perspectiva de los pobres.

Con frecuencia le pregunto Al Señor: Seremos capaces de adoptar esa perspectiva? Podremos sostenerla a pesar de la fuerte corriente que nos hace retroceder a cada instante? Podremos emprender esa difícil relectura del mensaje sin caer en meras especulaciones ni quedarnos en meras repeticiones sin sentido? Ustedes, estimados teólogos, son buena parte de la respuesta.

Para terminar, aunque el trabajo no puede enmarcarse dentro de un método de prescripciones y recetas, me atrevo a enunciar tres reglas que considero imprescindibles para guiar su reflexión teológica en el futuro, y en particular en el período académico que ahora comenzamos:

Primero, como recurso escaso, y como raro espécimen de una especie en peligro de extinción, quiero animarlos a continuar sus estudios teológicos, a afirmar su

compromiso, y a desarrollar su vocación respectiva. Ustedes son importantes para el futuro de la teología latinoamericana. Sin ánimo e ilusión, sin entusiasmo y compromiso, no se puede hacer reflexión teológica fecunda. Y mucho menos sin teólogos.

Segundo, como científico abstruso y epistemólogo aficionado, quiero recomendarles el diálogo incesante con las discipli-

nas históricas, hermenéuticas y críticas, con la economía, las sociología y la psicología, no como actividad propiamente teológica, pero sí ciertamente teológica.

Y finalmente, como soldado raso del trabajo popular, quiero subrayar la importancia crucial para la Teología latinoamericana de adoptar decidida e inequívocamente la perspectiva de los pobres. Muchas gracias.